

"Carne, celeste carne..."

Rubén

**U**N comentario del "Pueblo" a propósito de un chiste de una cinta cinematográfica española —chiste, por lo que cuentan, tan barato como insulso, y copiado, además, al parecer, de una cinta italiana—, le incita a Alfonso Paso a hablar (¡una vez más!) de la censura ("¿Cuál es la veda?", "El Alcázar", 11-V-74). El chiste —para el que Alfonso Paso no llega a pedir, quede bien claro, la tijera del censor— se refiere, por lo visto, a un falangista, pero es, según se nos describe, tan inocente, tan benigno, que podría perfectamente haber sido inventado por el propio José Antonio, para poner en solfa, por ejemplo, a un tipo de falangista demasiado entusiasta del mero aparato formal de saludos brazo en alto, taconazos, tuteos y otros protocolos exteriores. No protesta, por consiguiente, Alfonso Paso tanto de tan insípida, inofensiva e inoperante broma, cuanto del comentario que al redactor de "Pueblo" se le ocurre acerca de ella. Y en verdad que resulta no poco ridículo, en efecto, que dicho redactor diga al propósito que "se ha levantado la veda", pero tampoco debería extrañarnos demasiado semejante apreciación en una tierra en que las vacuas, burdas, cuando no hasta zafias, gratuidades del humorismo pretenden, en la medida que sea, darse a valer como ejercicio de la crítica, y donde a una carta como la de Albornoz a Lain —carta que el propio Paso no ha dejado, por cierto, de aplaudir— se la comprende en el "dossier" de aquello a lo que se da el nombre de polémica (y de paso diré que no me explico cómo el "ABC" ha podido incurrir en el sadismo de no disuadir decididamente a Sánchez Albornoz de la publicación de carta semejante (1), pues, en verdad, que el que alguien, quienquiera que sea, llegue a decir "digno y altivo" referido a su persona es algo tan inefable que bien merecería ser recogido por todos los humoristas españoles, al igual que los norteamericanos se han apresurado a recoger el delicioso "it would be wrong" atribuido a Richard Nixon).

No es cierto que a falta de pan buenas sean tortas; no es verdad que ninguna expresión de com-

(1) Caso de que Sánchez Albornoz se haya obstinado en alegar el derecho de réplica, resistiéndose a seguir los buenos consejos de Serrano, 61, la cosa me incita a hacer la observación de que si tal derecho permite a muchos defenderse del descrédito que podría venirles de sus prójimos, su derogación podría ser para algunos una protección contra el que pueda venirles de sí mismos.



Pareja divina (malthuna). Altorrelieve del templo de Konarak (siglo XIII).

placencia en la propia figura moral —por no hablar del insulto hacia el contrario— pueda jamás merecer el nombre de polémica, como tampoco lo es que el humorismo pueda, siquiera sea en mínima parte, aspirar a cubrir, ni aun con carácter de interinidad, la vacante de la crítica: no es sino su degenerado sucedáneo, y, en ocasiones, más mudo y claudicante que el silencio mismo (opinión personal, quede bien claro, completamente ajena a cualquier intención de poner el humorismo entre lo que el lenguaje encantadoramente sofisticado de los comunistas —expresamente elucubrado para devolver en el acto la paz a los espíritus ante la más resistente y enojosa de las perplejidades— gusta de sentenciar y des-

pachar con las palabras "objetivamente reaccionario", sino que sólo expresa el recelo de que el espíritu crítico, al refugiarse en el humorismo, tal vez no haga otra cosa, en el mejor de los casos, que ocultarse a sí mismo su propia impotencia). Y que nadie me salga aquí otra vez con Aristófanes, pues, a despecho de toda su osadísima mordacidad política, no fue él, ciertamente, quien acabó bebiendo la cicuta, sino precisamente aquel a quien el propio Aristófanes, mucho antes que ningún otro ateniense, acertó a descubrir y señalar como la envoltura mortal en la que fermentaba por entonces una crítica genuina, previniendo a los ciudadanos contra ella con una anticipación y una clarividencia di-

ficilmente concebibles sin la más vigilante, y casi se diría que paranoica, suspicacia frente a cuanto pudiese remotamente amenazar poner en entredicho los verdaderos cimientos de la Acrópolis.

(Por lo demás, tampoco podría decirse que incluso una auténtica crítica de la Falange —probablemente, y por su propia naturaleza, menos hiriente y menos provocadora que la presunta crítica del humorismo— dejaría de ser hoy, tal vez, más que dar "a toro muerto gran lanzada"; bien otras cosas, bastante más consistentes y más profundamente poderosas que la etérea doctrina falangista, se urden hoy en el mundo, para aflicción de los mortales.)

1. (Unas cuantas botellas de champán.) Mas no es a nada de esto a lo que voy, sino a un tema que Paso toca apenas de modo incidental en este artículo concreto, pero al que se ha referido acaso indefectiblemente cuantas veces —que no han sido pocas— ha dado en escribir de la censura. A vueltas con ella, pues, y tras sacar a colación la retirada por las autoridades de la revista «Super-In» (el delirio lingüístico español bate aquí el record nacional, ostentado hasta la fecha por el nombre del hotel Luz Palacio), nos dice lo siguiente: «A mí me parece mucho más peligroso tomarle el pelo a un falangista y pretender que todos los aristócratas están locos (2) que ver unas cuantas chicas en bikini, cosa muy sana y que a nadie destruye y [sic. "y", probablemente, por "ni"] malforma, sino todo lo contrario». Pero tampoco voy a ocuparme de lo bien o lo mal que haya obrado la superioridad al permitir unos excesos y prohibir los otros, pues, ciertamente, no me ha llamado a mí Dios por el camino del llamado «arte de lo posible», y en esto, como en todo lo que pueda, he de inhibirme y desinteresarme por completo de toda consideración de conveniencia, de toda ponderación de orden pragmático, y, por ende, de todo juicio acerca de cualquier disposición concreta del poder ejecutivo. Con todo, si tuviese que decir una palabra sobre el secuestro de la revista «Super-In», diría que más bien tiendo a pensar que ninguna actuación de la censura tiene el poder de mejorar en nada —ni tampoco, seguramente, de empeorar— la lóbrega tristeza de lo que ya Abel Martín llamaba «el harén mental del hombre moderno», mediante el tratamiento inevitablemente sintomático de impedir coactivamente que ese harén fotográfico. Lo que ha de ocuparme, pues, es la otra cara de la citada frase del artículo de Alfonso Paso. Ya, por lo pronto, ese mismo «unas cuantas» del «unas cuantas chicas en bikini», tan generosamente indefinido, me ha evocado en el acto la marchosa y desmenuada entrada del señorón magnificante y todopoderoso en los casinos o locales que sueba frecuentar, y a cuya sola aparición se movilizaba «l'pso facto» la totalidad del obsequio personal, rendido de admira-

ción ante tanto señorío, mientras el sin duda afable, campechanísimo y largamente propinero señorón dice con voz segura y a la vez con señorial y anchurosa vaguedad: «Oye, sácanos unas cuantas docenas de ostras y unas cuantas botellas de champán», porque un gran señor, un verdadero señor, no entiende de esas mezquinas distinciones pequeñoburguesas que permiten adentrarse en precisiones tan fútiles, tan retorcidas y oscilantes como las que median entre palabras como «diecinueve», «veintiuno» o «veintisiete», que ni siquiera parecen castellano: lo que se trague, lo que se desperdicie, lo que se derrame, lo que vomite, más lo que sobre y hasta lo que se sise, será pagado, sin dejarse los ojos ni exprimirse los sesos en repasar las sumas, y aún se redondearán, por supuesto, esos incomprensibles y pequeñoburgueses guarismos terminales —para los que tal vez ni tan siquiera exista moneda fraccionaria— con los señoriales caros de la más espléndida propina. No otra fue la aureola de auténtico señorío en que, tal vez inmerecidamente, se vio al instante arrebolada la expresión «unas

la decisión de aceptarme o descalificarme como «interlocutor válido», como diría un perodista, para hablar del tema que me ocupa. Lo cierto es que, por ejemplo, en el teatro no he podido volver a poner pie casi desde los tiempos de aquellas encomiables programaciones de José Luis Alonso en el María Guerrero («El Jardín de los cerezos», «Cosí é se vi pare», «El rey se muere», etcétera), y salvando, por supuesto, y por encima de todo, el inolvidable «Kaspar» de José Luis Gómez, que —aún con una obra y unos compañeros de reparto ciertamente buenos, pero no excepcionales y una puesta en escena con algunos errores— surgió de pronto no simplemente como un actor sobresaliente en medio de una mayor o menor mediocridad general, sino como el vendaval de un auténtico genio de la escena sobre la más desolada lóbreguez que recuerden, en los teatros de Madrid, los más ancianos de la localidad. (Pero para que no pueda tacharse de parcial o exagerado con José Luis Gómez, será objetivo y comedido en mis elogios, limitándome a decir que dudo mucho de que pueda haber hoy en

mente probable que se la fuesen a coger; es que su desabrigo se me hacía sensible no en relación con la veraniega temperatura de la ficción escénica, sino con la efectiva temperatura del local en sí, una y la misma para los enchaquetados y encorbatados señores de la platea y para las semidesnudas jóvenes de la escena, cual si tan señalado contraste indumentario, lejos de lograr suscitar la ilusión de un ambiente de mar y de verano, tuviese, por el contrario, el poder de destruir —al recordar, de modo inevitable, la ciega e imperturbable indiferencia de la barra de mercurio del termómetro— precisamente aquel singular encantamiento, aquella sugestión, de cuya efectividad depende la existencia misma del teatro en cuanto tal: la virtualidad del espacio de la escena como un espacio absolutamente otro con respecto al de la platea. Pero si aquí no hay, en verdad, más que un error de cálculo por parte del autor, en cuanto a no haber previsto inoportunos efectos secundarios en el uso del desnudo —efectos que el propio autor, antes que nadie, habría querido evitar—, la inmensa mayoría de los casos parece, en cambio, a juzgar por los más varios y más fuertes indicios, presentar justamente lo contrario: ya no se tratará de efectos de un error de cálculo, sino de efectos deliberadamente calculados en el uso del desnudo. La evidencia de lo consciente y de lo deliberado de semejante cálculo queda bien manifestada en el hecho de que los empresarios no dejen de recoger, del modo más escrupuloso e indefectible, en sus anuncios fotográficos lo verdaderamente «interesante» de sus sedicentes espectáculos teatrales: gracias, precisamente, a la elocuencia de los anuncios mencionados puedo yo echarme para atrás desde el primer momento y salvarme del peligro de ir a dar con mis huesos en esas auténticas cámaras de tortura para la vergüenza y el pudor en que han llegado a convertirse la inmensa mayoría de los teatros de Madrid. En ellos debe de ocurrir, sin duda alguna (aunque de bien distinto modo y, como ya he apuntado, no, ciertamente, por error, sino por expreso deseo de autores y empresarios), lo que ocurría en la obra de Buero Vallejo: también aquí quedará destruida la virtualidad del espacio escénico en cuanto espacio de ficción, pues los espectadores jamás podrán plasmar la realidad ideal del personaje si se les interpone la intencionada exhibición del cuerpo de la actriz. Pero no es la salvación del teatro lo que me importa aquí, salvación que, por lo demás, está bien lejos de depender únicamente de un mayor recato —o, mejor dicho, de un menor desenfreno— indumentario por parte de los que actúan en la escena.

## Rafael Sánchez Ferlosio

cuantas» no bien hubo alcanzado mis oídos en el contexto del artículo en cuestión.

II. (En el teatro.) Me cumple aquí empezar por confesar que yo no he llegado a ver, no me he atrevido a ver, las funciones de teatro ni las cintas que se echan hoy en día en el extranjero, pero aun las escenas íntimas que cada vez más a menudo nos presentan las obras nacionales o importadas, y aun sin llegar a merecerme en modo alguno el calificativo de pornográficas, me hacen sentirme, indefectiblemente, tan violento, tan incómodo, que no me permiten otra cosa más que estar deseando que se pasen, que se terminen pronto («Bueno, bien, ya lo sé, ya me he enterado —parece que me digo— no me hacen falta más detalles»); hasta los simples besos, ya desde tan antiguo prodigados por el cinematógrafo, me hacen sentirme tan molesto en la butaca como alguien a quien le obligasen a mirar por el ojo de una cerradura. No he de ser yo quien juzgue, sin embargo, acerca de la índole y de la medida de mi propio pudor, ni, menos todavía, quien ose emitir sobre él ningún diagnóstico psicoanalítico. No haría sino acabar de menoscobar la poca autoridad que ya me cabe (al hablar solamente por mis propias reacciones personales), si encima pretendiese erigirme en juez y parte, y más aún en tan vidrioso asunto. Dejo, pues, al lector

Europa, y aun en el mundo entero, o incluso de que haya habido en muchos, muchos años, ningún actor tan grande como él.) No he podido, decía, volver a poner los pies en el teatro desde que las hoy obviamente mal llamadas «prendas íntimas» parecen haberse vuelto casi conaturales al arte de Talía. Hasta el adusto Buero ha llegado a sacar en una de sus obras «unas cuantas chicas en bikini», si bien —justo es reconocerlo— con un sentido enteramente ajeno a cualquier clase de intención procaz. Pero, puesto que se trataba únicamente de evocar un ambiente de playa y veraneo, ¿qué más daba, Señor, que se hubiesen echado encima un albornoz o hubiesen salido a escena con un pato inflable de goma de color botano o cualquier otro de esos horripilantes artefactos que abundan en las playas? Aun así, nada había, ciertamente, de impudicia en este caso; no se pasaba vergüenza, pero se pasaba frío; una especie de frío por subrogación o por delegación, que, por lo menos a mí, me impedía totalmente entrar en la ficción escénica —la cual, por otra parte, y dicho sea de paso, tenía bien poco que entrar—, no pudiendo por menos de decirme una y otra vez (y no es en absoluto una exageración retórica): «¡Pero esas criaturas se van a coger alguna pulmonía!». No, no es que pensase —a ver si aclaro a explicarme— como algo real-

(2) Esto último lo dice a propósito del absolutamente inguatable petardo cinematográfico anglosajón titulado «La clase dirigente», en el que, por cierto, sólo el doblaje español de determinado personaje, en el más depurado cholo serranillo, logra poner un breve oasis de gracia frente al desierto de tanta deprimente necedad. Y al recordar, de paso, otro doblaje, ya no sólo gracioso, como éste, sino, por todos los respects, realmente excepcional, el del candidato de derechas en la cinta norteamericana «El candidato», invitaría yo a la cinematografía española a dedicarse en exclusiva a lo único que a voces aclaman a hacer verdaderamente bien: doblar.

# taller

libro del film

basado en  
la ópera rock

## JESUCRISTO SUPERSTAR

director  
NORMAN JEWISON



versión inglesa íntegra  
fotografías texto bilingüe

112 páginas todo color  
y en blanco y negro

PRÓXIMAMENTE  
en todos los Kioscos  
y Librerías

## ENTRE LA "LIBERACION" Y EL SULTANATO

III. (El «sano verdor».) Pero, volviendo a Alfonso Paso, ya en otros artículos ha sostenido este autor un punto de vista semejante al que, a propósito del secuestro de la revista «Super-In» (en la violencia que tengo que hacerme para escribir este artículo constato que también existe una «vergüenza lingüística»), sostiene en el que ahora nos ocupa. Y así, hablando una vez (creo que concretamente a propósito de la cinta «Ligue story») de la particular pornografía humorística cinematográfica española, ha llegado a acuñar, si la memoria no me falla, la expresión «sano verdor». Paso negaba que a tales cintas cinematográficas les cuadrase, ni aun en sentido lato, toda posible inscripción bajo el epígrafe de «pornografía», pues el propio sentido, al propio concepto de lo pornográfico excluye desde el principio y de modo taxativo que pueda hablarse de pornografía dondequiera que el sexo sea tomado bajo el supuesto de la burla, acogido en la atmósfera de la risa, el escarnio y el humor. La observación no puede ser más sagaz ni más certera: el «sano verdor» jamás podría, en efecto, ni aun en la más forzada aplicación de la palabra, caer bajo el concepto de pornografía. El sano verdor de las referidas cintas cinematográficas humorísticas españolas no es pornografía; es, efectivamente, en el aspecto de la inten-

ción y la función, casi lo contrario, y en el aspecto sociológico, cultural y antropológico, algo bastante más abyecto.

IV. (En el cinematógrafo.) En semejantes cintas (de las que, ya sea por masoquismo, ya sea por «interés sociológico», como yo me decía, ya, en fin, como más bien tiendo a creer y honradamente debo confesar, por pura y simple mala sangre contra la industria cinematográfica, si que he visto siquiera tres o cuatro) ya no es, en efecto, ni frío ni vergüenza lo que se padece; lo que se sufre es más bien un sentimiento impersonal de indignidad. Parece tratarse aquí de una no por inconsciente menos inequívoca voluntad de humillar la imagen misma de la carne y de la sexualidad, presentando la propia idea de la concupiscencia en general como un impulso ridículo y grosero, tan basto y tan primario como la pura glotonería, como la gula más indeferenciada, y haciendo, peor todavía de toda inclinación erótica, algo tan «hilarante» como los chistes de retrete. Y perdonésemme aquí la grosería de la correspondencia que, a mi vez, tengo que establecer, pero que no puede por menos de señalarse para poner en su lugar el indudable resorte del humor, el auténtico sentido cómico de semejantes cintas: imagínese un argumento cómico que consista en las desventuras de un persona-

je que, acuciado desde el primer momento por la necesidad de hacer de vientre, se ve sucesivamente envuelto en toda una serie de peripecias, más o menos fortuitas, que una y otra vez se le interponen como obstáculos para alcanzar cualquier lugar idóneo a la satisfacción de su cada vez más acuciante urgencia: limitémonos a sustituir esta concreta clase de apremio fisiológico por el llamado «apetito sexual» y tendremos entonces el modelo argumental que con mayor exactitud podría describir el verdadero espíritu del «sano verdor» de las referidas cintas cinematográficas humorísticas españolas. Las cintas extranjeras presentan muy a menudo, o casi siempre —al menos las que se permiten en España—, una sexualidad brutal —como en el género llamado «James Bond» y sus afines—, de puro abuso inhumano, donde el placer aparece como el botín de un recíproco saqueo, como algo que cada «partenale» logra robar al cuerpo del otro tan sólo para sí, y no como un regalo mutuo, indivisiblemente uno y compartido. Pero en el caso del «sano verdor» ya no es que los personajes ultrajen el cuerpo ajeno con toda la deslealtad de semejante uso despersonalizado; en el «sano verdor» es la película misma la que parece complacerse en ultrajar la propia noción del sexo en general, la que —precisamente a



«Hasta el adusto Buero ha llegado a sacar en una de sus obras "unas cuantas chicas en bikini", si bien —es justo reconocerlo— con un sentido enteramente ajeno a cualquier clase de intención procaz».



través de aquel humor que, como con toda razón sostiene Alfonso Paso, impide que pueda hablarse de pornografía— se recrea en envilecer la carne y la concupiscencia por sí mismas, cualquier carne, cualquier concupiscencia, al sorprenderlas, recogerlas y enfocarlas, por medio del escarnio, en sus más elementales e indiferenciados aspectos fisiológicos, de economía estrictamente orgánica y vegetativa. Jamás el más tonante y más fanático de los predicadores puritanos, que fulminase la lujuria con las más sobrecogedoras amenazas de los abismos infernales o desencadenase sobre ella la más fantástica, viscosa y repelente fauna de sapos y gusanos, supo execrar la carne con tanto ensañamiento, acertó a denigrarla con una ofensa tan rastrera, con un desprecio tan eficaz, como el del «sano verdor» de las pseudopornográficas cintas españolas, que si no son, en realidad, más que infraproducciones del menos imaginativo y más grosero de los ingenios humorísticos, vienen a resultar más parecidas a vesánicos engendros del rencor, a antojársame —sin duda erradamente, aunque ello no disminuya en nada la destructividad social de sus efectos— verdaderos actos de venganza contra la carne y contra el sexo. ¡Qué grave responsabilidad social no habrían sentido sobre sus espaldas los censores si se les hubiese ocurrido proyectar deliberadamente una «operación sano verdor», para expendirlo como «circenses» para el público o con la pretensión de despacharlo por «apertura»! Pero no ha sido la censura; ella no ha hecho más que tolerar, y, como ya he dicho más arriba, considero perfectamente inútil, en un terreno como éste, cualquier empeño por su parte de mediar en ello —ya sea con la tolerancia, ya sea con el rigor— con alguna esperanza de verdadera efectividad moral en las entrañas de la sociedad. Tampoco, por lo demás, el público al que tales películas van mayormente destinadas es, ciertamente, el que suele clamar por clase alguna de «apertura». Ha sido el furor del lucro el que, unido a la absoluta falta de imaginación, a la grosería congénita, a la abismática nulidad artística de la industria cinematográfica española, ha ido haciendo crecer insensiblemente hasta su desoladora dimensión actual esta abominación. Pero no insisto más en ello, porque no hay duda de que cualquier lamento contra el fenómeno, genuinamente nacional, del «sano verdor» ha de encontrar en muchos medios un consenso excesivamente fácil, un eco desproporionalmente favorable respecto del que hallaría cualquier fenómeno reñido por la autoridad de costumbres extranjeras (el afán de «ser europeos» que posee a los españoles alcanza ex-

tremos sólo comparables con su afán de «ser españoles»: alucinante, pero cierto). Tal es el caso de las revistas con «unas cuantas chicas en bikini», del que voy a ocuparme en adelante.

V. (La represión de la represión.) Las ideas de «represión», «tabú», «liberación», etcétera, han hecho impopular cualquier defensa del pudor, cual si éste fuese sin más una inequívoca retracción de la carne, pero cuantos han mirado más de cerca y con más detenimiento la cuestión no han dejado de observar cómo el impudor, que tan indiscriminadamente se le opone como liberación o purificación, bien podría también resultar a su vez hasta una nueva manera de defensa o de asalto contra la propia concupiscencia que con tanta seguridad y convicción se pretende liberar. Los denodados esfuerzos contra las hoscas severidades de la herencia victoriana que ya a principios de siglo emprendió aquel pionero de la liberación que fue el novelista Lawrence podrían presentar hoy tal vez mucho más el aspecto de una huida hacia adelante, de un afán de liberarse de la carne por medio de una abstracta y programática reivindicación estético-moral, que de un incondicional e incondicionado —y, si se quiere, utópico— deseo de poder abrazarse a ella en toda la generosa gratitud de su efímero esplendor.

Al observar hasta qué punto la coacción social del anatema que ha llegado a pesar hoy en día sobre el pudor parece haber alcanzado mayor poder sobre las almas que el que jamás haya podido tener el pudor mismo, uno se siente tentado a invitar a todos aquellos a quienes no se les cae de la boca el ya irrisorio término de «represiones» (y que no dudan en juzgar al pudor como una de ellas o como uno de sus síntomas) a que reconsideren la cuestión, mirando a ver qué es hoy en verdad lo reprimido, pues, aun suponiendo que el pudor fuese efectivamente represión o síntoma de ella, el hecho de que bajo el acoso de la presión social vigente pueda llegar a verse obligado a violentarse y esconderse entre los más turbios y vergonzantes secretos de las almas bien podría suscitar la sospecha y levantar la cuestión de si la sedicente liberación no debería tal vez con mayor propiedad denominarse, en todo caso, «represión de la represión». Bien podría resultar

# Acabe con la caspa para siempre

ZP-11 de Revlon es la fórmula científicamente comprobada que, con uso regular, resuelve ese antiguo problema.

¿Y por qué ZP-11 consigue resultados espectaculares donde tantos productos fallan? Porque es mucho más activo. Porque contiene Zinc Pyrithione, el agente anti-caspa único que sigue actuando durante las 24 horas del día. El champú ZP-11, con su riquísima espuma, deja el cuero cabelludo perfectamente limpio. Con ZP-11 su pelo será más controlable y mucho más sano. Desde hoy, no diga «hasta luego» a la caspa. Dígame adiós para siempre. Con ZP-11.



## Lo garantiza Revlon

## ENTRE LA "LIBERACION" Y EL SULTANATO

que la «liberación» fuese una nueva violencia sobre la carne y sobre el alma, no menos coactiva que las propias pretendidas represiones contra las que quiso alzar su convicción y enfática bandera. Para quien quiere o sabe percibir con la delicadeza conveniente la conducta de su prójimo —ese aire tan marcadamente voluntarioso de ciertas actitudes—, la cosa ya no es tan sólo una mera desconfianza teórica, sino que incluso encuentra tal vez fundamentos de experiencia para hacernos temer y sospechar que no son sino aquellas mismas ansias de aprobación, aquella misma necesidad de aceptación social, que en otros tiempos obligaban a las almas a doblegarse a los imperativos de la decencia y el recato, las que hoy de hecho parecen imponerles, a su vez, de no distinto modo, en muchos casos, violencias no menores, en aras del no menos social imperativo de la liberación. Este carácter de coacción social, de imperativo, vendría en última instancia a contradecir precisamente la noción misma de liberación, cualquiera que pueda ser el sentido en que se tome. Aprovechando aquí los términos que el protestantismo aplicó al negocio de la salvación eterna, bien se puede decir que en este asunto no habrá de ser, ciertamente, la voluntad, sino la gracia, la que redime. Mas, desgraciadamente, la idea de la gratuidad —que incluso etimológicamente nos remite a la noción de «gracia»— es hoy, aunque de un modo tal vez menos consciente y manifiesto, algo tan poco popular como la idea del pudor, y así también la carne y la concupiscencia padecen en las mentes la extorsión de verse obligadas a tener algún sentido, alguna razón de ser, cualquiera que ésta sea, a sancionar su propia existencia con toda suerte de justificaciones, a presentar, en una palabra, algún papel sellado y rubricado que las legitime, aunque nada más sea el que les confiere el carácter de «derecho inalienable de la persona humana» (papel mojado, cuya aparente vacuidad lo hace ser justamente el más artero, pues nada hay, para cuanto aspire a alentar y florecer entre los hechos, tan mortífero como el marchamo del derecho), por no extenderme en los que hablan de la sexualidad como «fuente de experiencias», como «higiene —psíquica, somática o ambas a la vez—», como «realización de la propia personalidad» (se ha hablado incluso de algo tan delirante, por no decir monstruoso, como de un «deber de autorrealizarse como ser humano»), fórmulas todas ellas que se dirían nacidas de una especie de horror a cualquier vacío de sentido, de una especie de pánico obsesivo incapaz de tolerar por un instante la sola imagen de la carne, campeando, como un don

sin retorno y sin provecho, en toda la gentileza de una absoluta gratuidad. ¿A qué insistir en ello? Ya muchos otros, antes que yo y mejor que yo, han acertado a señalar hasta qué punto esta falta de gratuidad que aún predomina en la vigente idea de «liberación», con el carácter de imperativo que inevitablemente le acarrea, entra en contradicción y en colisión con aquello mismo que se pretende proclamar; hasta qué punto, por ejemplo, el tenebroso espectro de la llamada frustración puede llegar a producir en ocasiones, por lo menos en almas hondamente sumisas al nuevo imperativo, terrores y tormentos que en nada desmerecen —y hasta se podrían decir casi gemelos— de los que antaño producía la imagen del pecado. Si aún cabe alguna posibilidad de hacer justicia a la idea general de «liberación» —esto es, de darle el significado casi inédito que todavía tal vez pudiera hacérsela—, y si es que las cosas no están ya tan es-

tropeadas como para no poder rescatar ya tan siquiera el empleo de tal palabra, no podrá ser sino desvinculándola de toda falta de gratuidad, despojándole de todo carácter de imperativo íntimo o social, relajándole ese ceñido y agresivo ademán de desafío o de censura —que bajo la amenaza del desprecio y hasta de la exclusión condiciona cruelmente la aceptación de las personas y hasta se cierra a toda comprensión de culturas diferentes—, desarmándola, en una palabra, de ese rigor que, como el de todo imperativo, carece de la bondad y la dulzura, de la condescendencia y hasta de la incondicionalidad, que necesita el alma atribulada. A la idea de liberación podrá hacérsela justicia tan sólo cuando ella misma sepa, a su vez, hacérsela, no de boquilla sino «ex abundantia cordis», incluso, por ejemplo, a la invención, budista o cristiana, de una opción sexual tan poco «natural» como la de la propia castidad monástica.

VI. (Las nuevas huris.) Pero, aun pasando por alto todas las reservas que hoy pueda merecernos la forma de vigencia todavía predominante de la idea de liberación —por lo demás, incluso en esos límites, tan diversa y tan vagamente sentida y concebida—, sólo una pluma tan gruesa y tan superficial cual pueda serlo la de Alfonso Paso sería capaz todavía de confundir la difusión y el uso de esa especie de harenes fotográficos que son las revistas con «unas cuantas chicas en bikini» con algo que ni aun remotamente tenga nada que ver con cualquier cosa que ni de lejos pudiera parecerse a clase alguna de liberación: tales revistas —cuyo modelo, envidiosamente mirado de reojo, podría ser el «Play Boy»— significan más bien, por el contrario, la más lograda y vigorosa renovación y restauración del sultanato en la forma adecuada a las llamadas «exigencias de la civilización». Sólo hasta cierto punto es metafórico hablar aquí de harenes y sultanes, pues si es bien cierto que las modernas huris, vestidas de traviesos conejitos para el capricho del señor, pueden campar por sus respetos sin tener que permanecer bien guardadas y encerradas entre las cuatro paredes de un palacio, la objeción contra tal similitud empieza a debilitarse en cuanto se quiera seguir argumentando con el hecho de que tales mujeres viven bien tratadas y bien remuneradas y alcanzan incluso, a veces, influencia política bastante como para hacer caer un ministerio, pues tampoco el Califa de Bagdad o el Emperador del Celeste Imperio dejaron de prodigarse en toda suerte de regalos y de solicitudes con las mujeres de su harén, sin que la Historia, ni menos todavía la Leyenda, haya podido borrar del todo los indicios de que alguna de ellas llegó igualmente a tener tanta influencia política como para hacer degollar tal vez incluso al propio Gran Visir. Aun aquí sigue, sin duda, hablando de metáfora todo lo que hay —que no digo que sea poco— de distancia de tiempo, de diferencia de instituciones y costumbres, pero no tanto como para fingir que se está hablando de otra clase de inclinaciones sexuales, de tendencias históricas, culturales o sociales radicalmente ajenas y distintas, ni menos todavía de otra progenie que la de Adán y Eva.

No ha de ser, sin embargo, del sultán, de su redención moral o su honra pública, de quien vaya yo a ocuparme, ya que, por una parte —como ya he dicho más atrás—, no estimo que la mera prohibición o permisión desde arriba de las revistas en cuestión sea capaz por sí sola de mejorar ni de empeorar en nada la lobreguez de lo que Abel Martín llamaba «el harén mental del hombre moderno», mientras,



«En el teatro no he podido volver a poner pie casi desde los tiempos de aquellas encomiables programaciones de José Luis Alonso en el María Guerrero y salvando, por supuesto, y por encima de todo, el inolvidable "Kaspar" de José Luis Gómez»...



por otra, ya se ha venido preocupando desde siempre exclusivamente de él —aunque con la conciencia y casi diría deliberada ineficacia de quien no pretende otra cosa que cubrir un expediente de rutina— la aguda cantilena de los viejos moralistas o custodios de las buenas costumbres. Quede, así pues, para ellos el cuidado de seguir velando (y aun así, como digo, más dormidos que despiertos, como si adivinasen lo improcedente de prodigarse en un desvelo y una solicitud dignos, a la verdad, de mejor causa) por la profilaxis moral del ofensor, del sultán ocular, o «voyeur au papier imprimé», que repasa las páginas de su harén fotográfico, y permítaseme, por una vez, decir una palabra por el auténtico ofendido: por la gentil figura mortal, digna de bien otro destino que el de verse ultrajada en el servicio del anónimo y público sultanato de los consumidores de las revistas en cuestión, y cuya ambigua complicidad con su propio ofensor sería extremadamente injusto ponderar y valorar con nada que se parezca al sumario y expeditivo veredicto con que suele calificarla y despacharla el celador o censor de las costumbres; veredicto en el que la despreocupada y como distraída indiscriminación, la uniforme convencionalidad, no evocan ya tan siquiera la anticristiana inhumanidad del antiguo puritano (todavía, por lo menos, precisamente por rabiosa y por sañuda, no del todo inhumana), sino la mucho más profunda y radical inhumanidad de una total indiferencia, de una falta de interés, comparable tan sólo a la del crítico teatral que, con brevisima y global reseña, pasa rápidamente sobre la «labor de conjunto» de los actores subalternos en sus irrelevantes papeles de tercera fila o de simples comparsas en el seno de la obra.

O mejor, ni siquiera me atreveré a decir esa palabra, sino que me limitaré a echarla de menos en la boca de quienes son realmente las únicas que pueden llegar a hacerla valedera y eficaz. La novedad diferencial de los modernos harenes fotográficos consiste en lo impersonal y lo desconocido, en lo indeterminado e ilimitado de su consumidor en cuanto tal. Pero el anonimato y la genericidad del ofensor hace, de modo inevitable, no menos anónima y genérica la ofensa misma. Sería, por tanto, un grave error de apreciación (lo mismo que lo sería, por supuesto, si bien no tan palmario, refiriéndose a cualquier otra forma histórica del sultanato) considerar como afrentada únicamente la concreta mujer individual que se haya dejado en cada caso retratar —y a veces en las posturas y actitudes más retorcidamente «serviles»—; por el contrario, las circunstancias propias del asunto hacen que la ofensa venga a recaer, mucho más que so-

bre ella misma en su individualidad, precisamente sobre la figura femenina en sentido general y, por tanto, sobre la propia noción social de las mujeres, sobre el concepto mismo en el que las inscribe y las abarca la mirada de la sociedad; de suerte que sea más bien a todas ellas a quienes verdaderamente les afecta y les concierne la cuestión. Sólo a ese error de apreciación —que haría creerse a salvo de la ofensa a cuantas no se encuentran personalmente incluídas, con nombre y apellido, en la nómina de ese disperso harén— puede tal vez atribuirse la paciencia y hasta la indiferencia con que tan a menudo soportan la existencia de revistas con «unas cuantas chicas en bikini», siendo así que otros asuntos no muy distintos de éste (como la elección de «misses», por ejemplo, hace muy pocos meses, y concretamente en Francia, si no recuerdo mal) no han pasado, ciertamente, inadvertidos a la nueva sensibilidad de las mujeres (3). Y si la llamo «nueva» no es porque excluya que haya podido existir de siempre como un oculto sentimiento, cualquiera que fuese el grado de explicitud y de conciencia en el que en cada caso hayan osado sentirlo y concebirlo, sino tan sólo porque hoy, únicamente, parece presentarse ocasión de hacerse públicamente manifiesto.

Así, si el despiadado terrorismo de toda esa jerga de los «tabúes», las «represiones», las «frustraciones» o las «liberaciones» está empezando a perder, en buena hora, su fuerza de chantaje social sobre el pudor, sólo a una percepción errada o insuficiente del asunto, o quizá una cierta comprensible debilidad en su sentido de la responsabilidad social, cabría ya atribuir el grado casi total de inhibición de las mujeres en un tema como el de la creciente difusión de las revistas mencionadas (cuyo consumo sería, según Alfonso Paso, «cosa muy sana y que a nadie destruye y [sic: "y", al parecer, por "ni"] malforma, sino todo lo contrario») o sea, el hecho de que no dejen oír públicamente su voz frente al ultraje social que se perpetra contra ellas en esa entrega incondicional e indefinida de su imagen corporal, limitada tan sólo

(3) Ya también, aunque en otro orden de cosas, pero siempre en el mismo sentido general, la existencia de las que yo llamo «revistas de peluquería», es decir, de revistas «para la mujer», es una ofensa social para todas las mujeres: cualquier publicación especializada que no lo sea simplemente por el objeto del que trate (como lo es, por ejemplo, una revista de medicina o de lingüística), sino por la índole social de los sujetos a los que se destina, comporta una ofensiva discriminación cultural de esos sujetos; y así las revistas de peluquería no parecen sino querer retener a las mujeres en los estrechos límites de minoridad social, por no decir estupidez, a los que la no por poderosa y arrogante menos estúpida y limitada comunidad de los varones las tiene tradicionalmente destinadas.

por los márgenes de tolerancia, cada vez más elásticos, que la censura quiera establecer. Pero tan fácil de comprender como que no es tanto contra la dignidad de tal concreta mujer en singular cuanto contra la propia concepción social de las mujeres en su totalidad contra lo que se atenta con la propagación de esas revistas, es que ninguna auténtica modificación social de tan triste y denigrante concepción, con la correspondiente reivindicación del pudor público y privado para la imagen del cuerpo femenino, podrá esperarse jamás de un tratamiento puramente sintomático, cual no podría dejar de serlo en ningún caso —por su propia naturaleza inevitablemente coactiva y exterior— la actuación de la censura. Ni aun en la forma más estricta que pueda concebirse, podría ésta, en efecto, llegar a incidir directamente —ni aun a rozarlos tan siquiera— en los resortes íntimos y últimos de la configuración social (¿qué influjo, que no sea el más puramente aparente y el más superficial, ha podido alcanzar —por volver sobre un caso ya tocado—, lo mismo con el rigor que con la tolerancia, sobre la lóbrega soledad viril de lo que Abel Martín llamaba «el harén mental del hombre moderno»?). Ninguna verdadera remoción social podrá venir —por lo menos en este orden de cosas— de tratamientos sintomáticos, como no pueden por menos de ser los que provengan del poder ejecutivo, sino de tratamientos etiológicos, que sólo pueden nacer en las entrañas mismas de la comunidad. Las multas de la policía del tráfico pueden, sin duda, alcanzar un cierto grado de eficacia pragmática en lo que atañe a una disminución de hecho del número de accidentes, pero jamás será esa multa (ni creo que existan autoridades tan lusas como para crearlo), sino la percepción directa y personal de las heridas, los lamentos, las protestas del propio atropellado lo único capaz de hacer nacer en el alma del automovilista un sentimiento ético genuino, lo único que realmente podría darle el sentido y la medida estrictamente moral de su imprudencia.

Tan sólo cuando sean las propias víctimas de la ofensa las que muestren el daño que les ha sido inferido y reclamen por la reparación que se les debe, por el respeto, por la solicitud y hasta el amor que les han sido negados, podrán tal vez los ofensores llegar a percibir la ofensa misma en una dimensión y una fisonomía que merezcan de veras el atributo de moral. Nunca

serán las restricciones coactivas venidas de lo alto, sino la resistencia pública, el rechazo activo de las mujeres mismas, contra ese uso vejatorio de su propia imagen corporal, y por ende contra la no menos humillante concepción común de su figura social que el tal uso aparea o perpetúa, lo único que podría provocar una genuina conmoción moral, un verdadero desplazamiento de figuras en las concepciones íntimas del alma y, por lo tanto, en los sentimientos éticos que a ellas se refieren. La construcción no puede aspirar más que a sustituir la acción de la conciencia, a remediar su defecación, y sólo a los efectos puramente pragmáticos de evitar los últimos y más palmarios daños que vengan a resultar de su miseria, pero jamás tendrá el poder de crear o mejorar esa conciencia; por el contrario, precisamente a través del hábito de esa sistemática subrogación, la conciencia no hará sino empequeñecerse indefinidamente en su miseria, con la costumbre de inhibirse —delegando en el arbitraje de terceros— ante objetos en los que, por naturaleza, sólo a su propia instancia pertenece entender. Si alguno me replicase en este punto: «Eso ya lo sabemos, por supuesto, pero el hombre y el mundo son así», entonces nos meteríamos ya en el llamado «arte de lo posible» (que más merecería llamarse, en ese caso, «técnica de aceptar, suscribir, aprobar, refrendar, fortalecer, camuflar, adornar y perpetuar lo irremediable») y no tendríamos ya ni una sola palabra que decirnos, puesto que —como he dicho más arriba— tengo a mi vez resuelto inhibirme por completo de cuanto pueda inscribirse en arte semejante.

VII. (Una copia.) Habrá de ser, finalmente, una copia popular la que —aun a despecho de adolecer tal vez de un cierto mínimo toque de masculinidad— sepa mostrar hasta qué punto incluso la más explícita y literal procaacidad puede llegar a hermanarse (como quizá alguna vez saben hacerlo los propios cuerpos de los enamorados, o como acaso acertó a veces a hacerlo, en representación, la sublime lascivia del abrazo carnal en las figuras de los altorrelieves de los templos indios) con la más alta dignificación de la carne en la fugaz apariencia sensible de su figura mortal, al cantarla con toda la delicada gentileza de un agradecimiento que parece incondicionalmente anticiparse —añorando y no pidiendo— a un don que sólo quiere tener por verdadero allí donde llegase a serle concedido en la más libre y espontánea gratuidad:

«Debajo de mí te vieras,  
cuerpo de tanto donaire;  
debajo de mí te vieras,  
por que no te lleve el aire».

■ R. S. F.